



ediciones
ALFARO



ediciones
ALFARO

Monchi,
más que un director deportivo





ediciones
ALFARO

Monchi,

más que un director deportivo

Álvaro **G**alván



Colección Deportes

Director de colección: Roberto Arrocha

Diseño: Ana Díaz

Fotografía interior: Archivos ABC y SFC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ediciones
ALFAR

© De los textos: Álvaro Galván

© Ediciones Alfaro S. A.

Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6.

41008 Sevilla

www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es

ISBN: 978-84-7898-910-2

Dep. Leg.: SE-1654-2021

Imprime: ServicePoint

Impreso en España- Printed in Spain

Índice de contenidos

	Prólogo de José Castro	9
1	Secretario técnico “de casualidad”	13
2	El año del ascenso	29
3	Un salto de calidad	49
4	Entre Almería y Gelsenkirchen	89
5	Tocar plata no cansa	113
6	Una de cal y otra de arena	155
7	Horas bajas	177
8	La mano de Emery	223
9	El hasta pronto.....	275
10	Sevilla-Roma, un viaje de ida y vuelta	315
11	“Volver por la puerta grande”	347
12	Monchi, por otros	391



ediciones
ALFAR

Prólogo de **José Castro**

Para hablar del Sevilla FC actual, del Sevilla FC de los récords, del Sevilla FC rey de la UEFA Europa League, del Sevilla FC, en definitiva, consolidado en este siglo **xxi** como un grande de España y de Europa, es fundamental remontarse a otro Sevilla FC, el de finales del pasado siglo, cuando vivimos, posiblemente, los años más complicados de nuestra historia.

La conversión de los clubes en sociedades anónimas deportivas convulsionó el escenario de las instituciones futbolísticas. El gobierno de los clubes dejó de estar en manos de los socios y todo comenzó a manejarse a base de acciones. Fuimos muchos los sevillistas que en su momento tuvimos que apostar fuerte para conseguir que la obligada transformación en sociedad anónima deportiva de nuestra entidad saliera adelante. Pero aquel cambio estructural generó una incertidumbre en el devenir de muchos clubes hasta ese momento desconocida y que en muchos casos conllevó incluso a la desaparición.

El Sevilla FC no estuvo ajeno a esa problemática y el segundo lustro de la década de los noventa fue verdaderamente complejo. Años muy complicados en los que la inestabilidad accionarial propició que descendiéramos a Segunda División y la propia supervivencia del club estuviera en juego. Lo digo, porque lo viví desde dentro cuando accedí al Consejo de Administración en 1997 y porque conocí aquella situación límite como nunca ha habido otra en nuestro Sevilla FC.

Sin embargo, gracias a la firmeza y el buen hacer de grandes accionistas como Rafael Carrión, Roberto Alés, José María del Nido, Francisco Guijarro, Martín Banea, José Gómez Miñán y yo mismo, se consiguió enderezar el rumbo de la entidad y comenzando prácticamente desde la nada, tras tocar fondo de nuevo en el año 2000 con otro descenso, se logró construir el mejor Sevilla FC de la historia.

Por eso creo que es un rotundo acierto del autor arrancar este libro que narra la etapa que más satisfacciones deportivas nos ha dado, desde nuestro último año en Segunda, porque es fundamental tener claro de dónde venimos para entender lo que somos hoy y, sobre todo, lo que aspiramos a ser mañana.

A comienzos del siglo XXI podíamos decir que el Sevilla FC era un club grande, uno de los históricos de nuestro fútbol, que se había olvidado de ganar. Desde 1962 sin jugar una final, desde 1948 sin levantar un título... La travesía por el desierto parecía no tener fin y la esperanza de encontrar un oasis que calmara, aunque fuera momentáneamente, nuestra sed era más bien un espejismo.

Tal vez precisamente por eso, por todo ese camino recorrido sin gloria alguna, una vez que se encontró la estabilidad necesaria con la templanza de Roberto Alés y se comenzó a cambiar la mentalidad con la ambición de José María del Nido, el Sevilla FC generó las condiciones oportunas para ser lo que hoy es: una máquina de felicidad para nuestra afición.

Por cómo se comenzó a trabajar en el primer lustro de este siglo, era fácil intuir que el éxito deportivo llegaría más pronto que tarde. Los que estábamos dentro lo teníamos claro, pero con eso no valía. El gran reto estaba no en llegar, sino en mantenerse. Habíamos pasado demasiadas calamidades durante cinco décadas como para tocar la gloria y olvidarnos de ella sin más. El Sevilla FC ganó la UEFA de 2006 y la inmensa alegría por conquistar ese título desbordó los límites de nuestra pasión. La gran mayoría de los sevillistas no sabíamos lo que era tocar plata y ahí la teníamos... Por fin el oasis, pero no era suficiente con eso. Que-

ríamos la inmensidad. Aspirábamos a la inmensidad, porque tras tantos años de sequía, ya no habría copa que saciara nuestra sed.

Y ahí fue donde se produjo el cambio de mentalidad. Sí, ganamos una UEFA... ¿Y qué? Queríamos más, porque la deuda seguía siendo enorme, porque casi sesenta años de ayuno no se podían calmar con un título. Nos convertimos en ambiciosos, nos creímos ganadores, más incluso de lo que realmente éramos, y continuamos ganando, conquistando cotas posiblemente inimaginables poco tiempo atrás, haciendo más con menos, apuntando siempre un poco más alto de lo que nos correspondía. De alguna forma, el Sevilla FC y los sevillistas nos enganchamos al triunfo y lo convertimos en nuestro modo de vida.

Posiblemente, sí, tuvimos que tocar fondo, tuvimos que resistir en el peor de los escenarios, para agarrarnos a la vida y cumplir nuestros sueños. Y a partir de ahí, conocida la gloria, tras tanta desdicha dejada atrás en el camino, cambiamos nuestro ADN y nos convertimos en lo que hoy somos. En esa reconversión hay muchísimas personas clave cuyos testimonios recoge esta obra. Son 10 los protagonistas, entre los que yo mismo me encuentro, de este libro, pero hay muchos más que tienen también una responsabilidad importantísima en este Sevilla ganador que hoy disfrutamos y que, a las pruebas me remito, está por encima de cualquier personalidad, porque lo que prevalece es el modelo exitoso de club que entre todos hemos forjado.

Y en esa responsabilidad también incluyo a cada uno de nuestros aficionados, porque son nuestros aficionados los que con su sed de triunfos nos mantuvieron en pie durante tantos años aciagos y son nuestros aficionados los que ahora, una vez degustado el placer de la victoria nos impiden relajarnos y nos recuerdan cada día que la obligación del Sevilla FC es aspirar a lo máximo en cualquiera de los frentes en los que compita.

Los sevillistas siempre queremos más. Y lo decimos ahora, con un club saneado, hexacampeón de la UEFA Europa League, consolidado en zona Champions y con los proyectos de desarrollo de infraestructuras

más ambiciosos de nuestra historia en marcha... No, no tenemos límites. Ya, de hecho, nunca los tendremos.



Corría el año 1999 cuando el Sevilla FC certificó su ascenso a Primera División tras dos temporadas en Segunda. Los problemas económicos estaban a la orden del día y los esfuerzos del club se centraban en el trabajo con la cantera para sacar jugadores y ponerlos en el mercado.

Aquella campaña, la del citado ascenso, la portería sevillista estuvo defendida por el mítico Paco Leal, quien a la edad de 34 años, y en su primera y única temporada como sevillista, gozó de la confianza del técnico Fernando Castro Santos, llegado a Nervión la temporada precedente para reflotar un equipo que se desplomó hasta la mitad baja de la clasificación en la categoría de plata del fútbol español. No obstante, no sería el guardameta de Osuna quien acabase la temporada de aquel ascenso defendiendo la portería nervionense. La llegada de Marcos Alonso al banquillo sevillista en detrimento de Castro Santos propició un cambio de roles entre los porteros con los que, por aquel entonces, el Sevilla contaba en sus filas, además de una memorable remontada que valió para que el equipo se clasificara para la promoción de ascenso.

De primeras, el técnico cántabro mantuvo a Leal como guardameta titular en sus alineaciones. Sin embargo, con el paso de las jornadas y en base al rendimiento bajo palos, Alonso se decantó en el vigésimo quinto encuentro de Liga ante el Leganés por un canterano que ya había

alcanzado la treintena y no hubo conocido otro club que no fuese el de Nervión.

Ramón Rodríguez Verdejo (San Fernando, provincia de Cádiz, 20 de septiembre de 1968), más conocido por su apodo, *Monchi*, fue quien se encargó a partir de entonces de defender la meta sevillista en los 18 encuentros restantes del equipo en Segunda División, manteniendo la portería a cero en 7 de ellos y acumulando un total de 20 goles encajados.

El gaditano siempre fue un asiduo en el banquillo. No destacó por un altísimo nivel bajo palos, pero era de aquellos jugadores que uno siempre quería en su equipo, de los que fortalecían el grupo, derrochaban amabilidad y hacían vestuario. De hecho, en su carrera profesional desarrollada enteramente en Nervión, llegó a compartirlo con jugadores de la talla de Anton Polster, Davor Šuker, Iván Zamorano, Rinat Dasáyev, Diego Simeone, Robert Prosinečki, Vassilis Tsartas o el mismísimo Diego Armando Maradona (ya en horas bajas). También maneja el de San Fernando una lista nada despreciable de técnicos que le entrenaron, aunque fue Carlos Salvador Bilardo del que más aprendió profesional y personalmente. Y eso que no era fan del fútbol que planteaba el preparador argentino.

Volviendo a aquella temporada 1998/99, con Monchi ya como guardameta titular del Sevilla de Marcos Alonso, al equipo le costó en un principio encontrar la estabilidad que tanto ansiaba. Los gritos y los abucheos por parte de la afición sevillista se convirtieron en habituales, y Monchi no se libraba de ellos. Pero el rumbo cambió desde un empate a dos ante el Toledo en el Ramón Sánchez-Pizjuán, en la 31.ª jornada de Liga. Ahí empezó la subida del equipo.

Ocho victorias, dos empates y una derrota fueron los registros del Sevilla desde aquel encuentro ante el Toledo. Monchi cuajó unas de sus mejores temporadas como futbolista profesional. Ya no le lanzarían más huevos; ni a él ni al resto del equipo. Al contrario, se entonaba el Monchi, quédate. Y el gaditano, que no defraudó a nadie, se

convirtió también en uno de los protagonistas de la fase de promoción de ascenso.

El guardameta sevillista no encajó ningún tanto durante aquella eliminatoria ante el Villarreal, cuya meta estaba defendida entonces por un jovencísimo Andrés Palop. Con un 0-2 en la ida y un 1-0 a la vuelta favorables a los de Nervión, estos consiguieron el anhelado sueño de volver a Primera. El Sevilla de los Héctor, Hibić, Velasco, Tsartas, Quedo y compañía regresaba a la máxima categoría del fútbol español.

Con este logro no solo terminaría el periplo de los sevillistas en Segunda (de manera anecdótica, como muchos sabréis), sino también la carrera profesional de un Monchi que, tras nueve temporadas en el primer equipo con 115 encuentros y 131 goles en contra, decidió colgar los guantes.

Era algo que el de San Fernando tenía ya meditado. Si el equipo ascendía, se retiraría. Pero al ser uno de los grandes protagonistas del regreso a Primera, haber demostrado su nivel aprovechando la titularidad y al tener aún contrato en vigor con el club, se mantuvo como miembro de la plantilla sevillista, sin tomar ninguna decisión que fuese apresurada. De hecho, el gaditano fue uno más de la expedición que viajó a la localidad holandesa de Arnhem en el mes de julio para realizar la pretemporada entre los días 21 y 31 de ese mismo mes, donde el equipo disputó hasta cuatro encuentros de preparación.

Sin embargo, las dudas en cuanto a su retirada seguían latentes en la mente de Monchi y la decisión definitiva llegó tras el regreso del plantel de tierras neerlandesas, ya entrados en el mes de agosto. El miércoles 11, el equipo tuvo su presentación oficial en el Ramón Sánchez-Pizjuán ante cerca de 8000 aficionados. A aquel acto, que culminó con la disputa de un encuentro ante el Nacional de Montevideo, acudieron el presidente Rafael Carrión, el técnico Marcos Alonso y el resto del plantel nervionense, en el que Monchi figuraba como capitán. Fue poco después cuando el canterano decidió poner punto final de manera prematura, con tan solo 30 años, a su carrera como portero.

A pesar de haber ofrecido su mejor nivel la temporada anterior, Monchi cambió de idea y decidió no continuar una temporada más. Unas molestias en el hombro tomaron peso también a la hora de determinar lo que no llegaría a ser un «adiós» al Sevilla, sino al hecho de ser futbolista profesional. Desde el club nervionense le ofrecieron seguir como delegado y él, claro está, aceptó.

Fue, además, en aquel momento cuando Miguel Ángel Gómez, quien llegó como psicólogo deportivo en la temporada 1998/99, comenzó a «hacer amistad con Monchi, porque yo realizaba trabajos para el primer equipo de Marcos Alonso, registros y demás», afirma el actual director deportivo del Real Valladolid.

Aquel final de carrera fue la antesala de algo impensable que estaba aún por llegar para la historia del Sevilla. Aun así, dirigentes y aficionados nervionenses tenían todavía que digerir una paupérrima nueva temporada del equipo en Primera División (a la que se presentó en cuerpo, pero no en alma), un preocupante endeudamiento económico y un constante vaivén de consejeros.

Ocupando Monchi el puesto de delegado, el Sevilla debutaba en Primera dos temporadas después desde la última ocasión, aunque no durarían (ni mucho menos disfrutarían) los sevillistas en su regreso a la élite.

«Se había armado un buen equipo. Teníamos la ilusión y la esperanza de continuar en Primera División y potenciarnos como equipo, sabiendo que teníamos buenos jugadores», asegura Nico Olivera, quien recaló en Sevilla meses antes procedente del Valencia para vivir el ascenso y continuar en las filas del club. Sin embargo, toda esa ilusión que menciona el exdelantero uruguayo se transformó en decepción.

«Está claro que algo mal hicimos para que bajáramos de nuevo a Segunda», reconoce de nuevo Olivera, destacando entre ese «algo» las únicas cinco victorias —ante el Betis, Barcelona, Atlético de Madrid, Racing de Santander y Numancia, todas ellas como local— que fueron

capaces de cosechar los hispalenses. Por balances como ese, la catástrofe no se hizo demorar demasiado.

Todo quedó consumado el 30 de abril del año 2000, fecha en la que el Sevilla FC se convertía, ya de forma matemática, en equipo de Segunda División tras caer en la 35.^a jornada de Liga en casa ante el Real Oviedo por 2-3. De nada valieron los goles de Loren y el propio Nico Olivera en los minutos 75 y 78 para dar la vuelta a un marcador que el cuadro asturiano tuvo favorable desde los primeros 25 minutos de partido.

«Cuando pasan un cúmulo de circunstancias y de errores continuos que nos hacen perder puntos, nos quedamos descendidos ya antes del último partido. Fue algo horroroso para nosotros», reconoce el uruguayo, consciente de que «más allá del gol, el recuerdo no es bueno»

Tampoco merecen quedar en la memoria las tres jornadas restantes, en las que ni por asomo mejoró la imagen del equipo dirigido por Juan Carlos Álvarez —sustituto de Marcos Alonso desde la 28.^a jornada—, quien, además, acumuló un bagaje de una victoria y dos empates en las once últimas jornadas ligueras.

«De lo malo siempre se aprende. Creo que cada uno de nosotros, en cada uno de los partidos o en ese ante el Oviedo, cuando se llega al vestuario ya con la categoría perdida, te empiezas a replantear un montón de cosas y comienzas a pensar en grande para la siguiente temporada», rememora Olivera.

Aun así, con el billete a Segunda ya sellado, el título de la obra de Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*, pudo haber sido el titular más acertado tras certificar los sevillistas su descenso. Llegaba a su fin una temporada llena de bochorno y para la que el Sevilla no supo estar a la altura.

Todo lo que pudo salir mal, salió mal. Resultados nefastos, cierre del estadio, una deuda económica que no hacía más que acrecentarse... Aquel año fue la ruina y Monchi, que no era ajeno a nada de eso, como

delegado del club, echó muchas más horas de trabajo de las que cumplía siendo portero.

El exdelantero uruguayo va más allá al hacer autocrítica y reconocer que «fallamos en el compromiso porque nos fuimos a Segunda. Evidentemente, cuando se baja de categoría, algo mal se hizo. Nosotros hicimos muchas cosas mal para llegar a bajar». Sin esconder tampoco su decepción porque «cuando uno planifica una temporada siempre piensa en grande, en hacer buenos partidos, en ganar, en sumar puntos, tener opciones de arrimarse poco a poco a campeonatos europeos... En definitiva, hacer un buen año», algo lejos del resultado final de los hispalenses.

Así, de forma tan desastrosa como predecible, quedó consumada la temporada 1999/2000. Los de Nervión volvieron a vivir un nuevo descenso para el que fueron firmes candidatos desde la temprana jornada 10.^a, ocupando la última posición de la que el equipo jamás logró salir.

Era el fin en Primera de un indolente Sevilla que cosechaba esta nueva caída tan solo una temporada después de ascender. En esta ocasión, Atlético de Madrid (penúltimo clasificado) y Real Betis (antepenúltimo) fueron quienes acompañaron a los de Nervión en su nuevo periplo por la categoría de plata.

Además, dentro de toda esta vorágine de caos deportivo, cabe matizar la delicada situación en la que el conjunto hispalense se encontraba entonces: salidas, en modo de renuncias, y entradas del Consejo. Acuerdos y desacuerdos. Un cambio en la presidencia. Una situación económica límite. Endeudado hasta las cejas, si empleamos un lenguaje más coloquial.

Aun así, Olivera no achaca a esta situación la debacle del equipo en Liga, pues, a pesar de aquel «cúmulo de cosas en lo deportivo y en lo económico», para el uruguayo el ambiente de trabajo era bueno y «siempre pensando en lo mejor para el Sevilla. Que después los resultados no

se den es otra cosa. Al fin y al cabo, es un juego. Tuvimos un cúmulo de errores aquella temporada y lo pagamos caro», vuelve a reconocer el exjugador.

Sin esconderse, el que fuese delantero del Sevilla recalca que «lo único malo eran los resultados, que no llegaban. Se pudieron dar situaciones que nos repercutían, pero los que jugábamos éramos nosotros y los responsables éramos los jugadores. No hay que poner más peros porque teníamos todas las comodidades».

Como bien deja entrever Olivera, de todo hubo, no solo sobre el césped, sino también en los despachos, durante aquella fatídica temporada que empaña los anales de un club centenario como este. De hecho, a los propios libros de historia (o, mismamente, a las búsquedas en Internet) habría que remitirse para que los sevillistas más jóvenes comprobasen y fuesen conscientes de la delicada situación que su equipo atravesaba y de la que son ignorantes o no recuerdan.

Nos retrotraemos nuevamente al inicio de la campaña 1999/2000 para centrarnos, no ya en lo deportivo, sino en lo institucional. En septiembre, a poco de comenzar la Liga y tras un verano de múltiples movimientos en la plantilla, el club se encontraba en una situación económica asfixiante. La deuda de la entidad se situaba en 5014 millones de pesetas, según lo desvelado durante la celebración de una Junta General de Accionistas del club que tuvo lugar el 12 de septiembre de 1999. En la misma, además, el presidente Rafael Carrión fue ratificado, y personas de la talla de Roberto Alés, Francisco López, Luis Marín Sicilia, Eduardo Arenas y Herminio Menéndez entraron a formar parte del Consejo de Administración. Desde entonces, y con el paso de los meses, el club acumuló un bagaje paupérrimo tanto en lo institucional como en lo deportivo, traducándose esto en una época de palpable inestabilidad.

Llegados al ecuador de la temporada, con el equipo arrastrándose sobre el césped, entre sus dirigentes se sucedían una serie de abandonos de cargos. Todos estos tenían como motivo un denominador común: la notable disconformidad con la gestión que el presidente Rafael Carrión

realizaba al frente del club, pesando esta causa en las dimisiones de Herminio Menéndez, Luis Marín Sicilia y Augusto Lahore, quien entró para sustituir al primero de estos.

Finalmente, el 10 de febrero de aquel año, Rafael Carrión terminó presentando su dimisión como presidente del Sevilla. Le sucedió en el cargo el que fuera vicepresidente entonces, Roberto Alés, una persona prudente y entrañable que, afortunadamente, tomó las riendas del club. Más que como una temeridad, Alés asumió el cargo de máximo mandatario como un ejercicio de responsabilidad. No la eludió, pues fue un hombre que siempre antepuso al club por encima de las personas.

Un mes después, José Gandul —vicepresidente en la época de Luis Cuervas en el club— se incorporó al Consejo junto con Manuel Soto Díez y Javier Moya. De forma paralela, en lo deportivo, Marcos Alonso presentó su dimisión como entrenador del Sevilla, siendo sustituido por Juan Carlos Álvarez, quien contó con Antonio Álvarez como ayudante, y cuyo puesto en el filial pasó a ocupar Pablo Blanco.

Ya en abril del 2000, semanas antes de que el equipo certificase su descenso matemático a Segunda ante el Real Oviedo, Roberto Alés fue confirmado como presidente por el 59% del capital social presente en la Junta Extraordinaria de accionistas del Sevilla. El nuevo Consejo registró la baja de Enrique González Merino y las altas de José María Cruz, Jaime Camacho, Antonio Galadí y José Silva. Junto a ellos y el propio Alés integraron el máximo órgano de la entidad nervionense Augusto Lahore, José Gandul, Américo Govantes, José Castro y Luis Carrión, quienes repitieron como consejeros.

«La llegada de Roberto Alés fue fundamental porque andábamos en una penuria económica enorme y en Segunda», recuerda José Castro, nuevo vicepresidente del club en 1999.

Como bien especifica Castro, resulta fundamental la figura de Roberto Alés para entender la historia moderna del Sevilla y todo lo que sucedería desde su nombramiento. Asumió la presidencia de un club

que iba a la deriva, que se encontraba hundido, con la alta responsabilidad que ello conllevaba.

El nuevo presidente no dejaría que el barco se hundiera ni que cundiera el pánico entre consejeros, cuerpo técnico, jugadores y aficionados. Un nuevo Sevilla llegaría de su mano. Ya lo advirtió entonces, no dejaría que su equipo se fuese a la deriva.

«Una persona increíble, adorada, respetada, siempre apoyándonos...», recuerda Olivera sobre la figura de Roberto Alés como presidente del Sevilla, esencial para que se construyeran los cimientos sobre los que se erigiría años después una de las entidades más laureadas del continente, sin tener aquel Consejo constancia de lo que estaba por venir.

La primera medida estaba clara: la imposición de una política económica de austeridad total, imprescindible para salir del pozo de deudas en el que el club se encontraba. Junto a esto, ya en el apartado deportivo, el ascenso a Primera División y la consolidación en la máxima categoría fueron los objetivos que aquel Consejo se propuso y que, en poco tiempo, acabaría alcanzando.

Una vez matizadas las revueltas y posterior resolución llevadas a cabo desde la planta noble del Ramón Sánchez-Pizjuán, nos encontramos, pues, con un Consejo completamente remodelado, saneado, pero con un equipo hundido en lo deportivo.

De hecho, el 29 de abril del año 2000 estaba a tan solo un día el Sevilla de consumir su descenso matemático a la Segunda División. Sin embargo, la citada fecha quedaría en los anales de la historia de la entidad, no por ser el día previo a la catástrofe, sino por ser la jornada a partir de la que todo cambió para el club de Nervión.

Aquel día, el presidente Roberto Alés, en un acto que supondría uno de sus mayores aciertos al frente del Sevilla, decidió que la nueva secretaría técnica quedaría configurada por Monchi, como coordinador, Juan Carlos Álvarez, Ramón Vázquez, Pepe Alfaro y Manolo Ruiz Sosa como ojeadores y ayudantes, y Pablo Blanco como enlace con las

categorías inferiores. Por otra parte, Manolo Jiménez entrenaría al filial sevillista.

El de San Fernando, que hasta entonces desempeñaba la función de delegado, pasó así a asumir el cargo de secretario técnico del Sevilla (por entonces, no se estilaba lo de director deportivo) en sustitución de Vicente Miera, que abandonó el club.

Alés arriesgó y sorprendió al sevillismo con esta apuesta. «Te he llamado porque queremos que tú seas el secretario técnico del Sevilla. La cosa está mal y es la mejor decisión», explicó por aquel entonces el presidente a un Monchi que, en un principio, no supo qué responder. «Entonces, ¿qué?», insistió Alés durante la reunión mantenida en presencia de los consejeros José María Aguilar padre y Augusto Lahore. Monchi no pudo negarse. «Si me lo pide...», respondió el de San Fernando. Se dieron la mano, cerraron el acuerdo y el otrora portero, descolocado aún por la celeridad de los hechos, ya se veía con la presión de configurar una nueva plantilla, sin recursos, para la siguiente temporada.

Aquel nombramiento supondría un cambio en el devenir del Sevilla que ni las personas más optimistas presagiarían. Tras una amplia carrera como portero en el club y el desempeño durante algunos meses como delegado, Monchi se encontró con el cargo que le encumbraría a nivel internacional en el mundo del fútbol. Un «hombre de club» al servicio de su Sevilla. El presidente se guió por su intuición y vio en Monchi una persona trabajadora, sevillista de corazón y que, además, salía barato. De hecho, pasaría a cobrar menos que en el año que estuvo como delegado, concretamente, la mitad del salario. Sin embargo, aquel tiempo que ostentó el anterior puesto, le hizo a Monchi ver la realidad y saber más del mundo del futbolista, añadiendo estas cualidades a su escueto pero prometedor currículum fuera de los terrenos de juego.

«La llegada de Roberto Alés a la presidencia fue fundamental también por darle las riendas de la dirección deportiva a una persona como Monchi, vital en la entidad», corrobora Castro, quien considera que

«Roberto tenía un sexto sentido en saber qué personas eran capaces de progresar para luego triunfar. Él sabía delegar muy bien».

En un principio, Monchi no tenía ni idea de lo que era ser secretario técnico, pero, como ha afirmado en numerosas ocasiones, tenía los mismos conocimientos para ese cargo que para pintar el campo, y si le hubieran dicho de ser pintor, también habría aceptado.

Fue así, «de casualidad», como el propio Monchi ha afirmado en numerosas ocasiones, como el llamado ‘León de San Fernando’ llegó a ser secretario técnico del Sevilla FC, cabeza visible y responsable de la compra y venta de jugadores. Dos años después de su prematura retirada, y habiendo desempeñado de por medio el cargo de delegado, el gaditano tenía ahora la ardua tarea de perfilar un equipo competitivo con muy pocos recursos que aspirara a ascender de categoría.

Y es que, con Monchi a los mandos, se produciría una importante innovación en lo referente a política de fichajes. El objetivo no se fijaba solo en lo deportivo, también había que conseguir ingresos. El Sevilla se encontraba en serios problemas de quiebra técnica y ahí hubo que actuar. El gaditano lo tenía tan claro como el presidente, no podían dejar que la entidad se hundiera. Por ello, por esa alarmante necesidad de reducir una deuda que superaba varias veces el presupuesto, se antojaba fundamental la venta de los jugadores más valiosos de los que disponía el Sevilla en su plantilla. También era crucial la incorporación de futbolistas a coste cero. Todo lo que fuese necesario en beneficio de las arcas del club, sin descuidar lo meramente deportivo. Y ahí se empezó lo que en años posteriores sería una de las claves de los éxitos del club. Dicen que la necesidad agudiza el ingenio, y los inicios de Monchi como secretario técnico son una buena prueba de ello. Siempre se ha caracterizado por saber reinventarse y, desde aquel 1999, con todos los vientos en contra, lo ha llevado a cabo.

Eso sí, no hay que olvidar que la novedad del cargo le pilló a Monchi carente de los conocimientos y de herramientas. Tan solo unas cintas de video VHS con partidos del Sevilla encontró en un pequeño

armario que estaba en su despacho. Le tocó trabajar a destajo, empezando de cero.

Desde el minuto uno, se propuso recorrer estadios de diferentes equipos para ojear jugadores. Para cumplir el requisito de coste cero, estos debían cumplir contrato con su actual club, o bien no contar para sus respectivos equipos, de forma que el traspaso rondara un montante bajo.

Como anécdota, el mismo día de su nombramiento, aquel 29 de abril del 2000, Monchi viajó a Valencia para presenciar un Levante-Atlético de Madrid B, de Segunda División. Fue este el «debut» del de San Fernando como secretario técnico, quien acudió al Ciutat de Valencia para ver de cerca a Javier Casquero y Jean Dika, pertenecientes al filial colchonero. Aquel partido lo presenció junto a José Luis Rodríguez, un representante que orientó y ayudó a Monchi en los primeros días de su nueva aventura.

Las anotaciones durante aquel encuentro fueron constantes. Tomó apuntes de todo. Debía reunir los datos necesarios para hacer una valoración fidedigna, reducir al máximo el factor suerte y contemplar la opción de reclutarlos para el Sevilla. El equipo de los jugadores a los que fue a ver, el Atlético de Madrid B, no cuajó su mejor encuentro y cayó por 3-0 ante el Levante. Aun así, Monchi recopiló información suficiente y de primera mano tanto sobre Casquero como sobre Dika. De hecho, posteriormente, el centrocampista español acabaría llegando al Sevilla entrando en la venta de Juan Carlos al conjunto madrileño.

Pero aún quedaba mucho por hacer, mucho que planificar hasta que llegaran las primeras incorporaciones de Monchi a Nervión, donde, antes incluso de que Alés le ofreciera al exguardameta el puesto de secretario técnico, ya se conocía quién sería el entrenador que liderara el proyecto de aquel nuevo Sevilla que estaba a punto de renacer.

A mediados del mes de abril ya era un secreto a voces y en mayo del año 2000, habiendo el equipo ya exhalado su último suspiro en Pri-

mera y con un Consejo de Administración reestructurado al completo, se hizo oficial la llegada de Joaquín Caparrós, un hombre de la casa, como próximo entrenador del Sevilla.

José Castro, miembro del Consejo, sabía del sevillismo de Caparrós y, en sus múltiples charlas por el paseo de Consolación de Utrera, fue gestando la llegada del icónico entrenador sevillista. Eso sí, hubo que esperar.

«Hay una cosa que la gente no sabe y es que Pepe Castro, el año anterior, se puso en contacto con los directivos del Sevilla para hablar de la posibilidad de que yo llegase al club. No lo sabe nadie, pero es así», reconoce el propio Joaquín Caparrós.

Al final, no pasó nada aquel curso anterior en cuanto a la contratación del utrerano. El Sevilla ascendió de categoría y mantuvo a Marcos Alonso como técnico del primer equipo. Por otro lado, Caparrós firmó con el Villarreal en Segunda, de donde sería destituido tras la 7.ª jornada de Liga, pero un año antes de darse su contratación como técnico en Nervión «ya hubo un contacto. Por el paseo de Consolación hablaba con Pepe de la situación, de cómo veía al Sevilla, de qué creía yo que había que hacer...», explica el técnico.

Ese contacto que menciona el preparador utrerano se dio en abril del año 2000, con el Sevilla asomándose de lleno al abismo de la Segunda División. Joaquín Caparrós recibió la llamada de su representante, comentándole que su paisano José Castro y Roberto Alés, el nuevo presidente, querían reunirse con él. Así lo recuerda el técnico, sin obviar detalles:

Yo por entonces estaba viviendo en Punta Umbría. Voy a la reunión y estaban Pepe Castro, Augusto Lahore, Roberto Alés y mi representante. Antes de aquella cita, me dijeron que me llamarían, y para mí los días previos fueron interminables porque era una ilusión muy grande. Durante toda la temporada iba viendo todos los partidos del Sevilla. Iba todos los domingos a verlo.

Y surgió el flechazo, «una empatía desde el primer momento en que saludé a Roberto Alés», rememora Caparrós sobre el momento en que asistió a la reunión que sirvió para que el presidente tomara la decisión definitiva en cuanto al entrenador para la próxima temporada. Solo restaba comunicárselo al Consejo.

«Cuando me dieron el OK fue de las alegrías más grandes que he vivido a nivel profesional, por poder entrenar al equipo al que he visto desde chiquillo», comenta Caparrós. El que sería el nuevo técnico del Sevilla volvería a Nervión, años después de enfundarse la elástica sevillista en las categorías inferiores como infantil.

«Para mí, como sevillista, sentarme en el banquillo del Sevilla, sabiendo que el club había tenido a algunos de los mejores entrenadores del mundo, consciente de la situación económica en la que estaba, era una gran alegría», comenta de forma sincera el utrerano, quien firmó como entrenador sevillista por una temporada, con el objetivo de devolver al equipo a la máxima categoría.

Por su parte, Castro resalta la seriedad de Alés y su capacidad para confiar «en Monchi, Caparrós y en los tres vicepresidentes, José María Cruz padre, Augusto Lahore y en mí para ayudarle en aquellos momentos complicados».

De esta forma, dos hombres de club, sevillistas de corazón, ocuparían dos cargos tan relevantes como los de entrenador y secretario técnico. Caparrós se encargaría de preparar a los jugadores para cumplir los objetivos deportivos, mientras que Monchi le ofrecería al utrerano todas las herramientas para que lo hiciese posible. No obstante, y como se podrá comprobar, el trabajo del nuevo secretario técnico del Sevilla llegaría a mucho más, pues no se limitaría solo a la compraventa de jugadores.

Monchi, ya en su nuevo puesto gracias al ojo clínico de Roberto Alés, supo configurar una plantilla en base a un método que ya hizo suyo, consistente en la compra de jugadores a bajo coste y poco conocidos, deseosos de reclamar su sitio en la élite del fútbol. De ellos obten-

dría rendimiento deportivo y económico, haciendo famoso el conocido eslogan en el seno de la entidad de «Vender para crecer».

No erró Roberto Alés a la hora de dar las riendas de la secretaría técnica a un hombre que «sin tener ni idea de lo que era ser director deportivo» ha acabado siendo uno de los mejores en el presente siglo.

«La decisión del presidente fue muy acertada: poner a Monchi en una situación estratégica que antes no se tenía demasiado en cuenta. Puso a un sevillista comandando un barco para alcanzar el mayor de los éxitos. Nos inyectaba ese espíritu sevillista, ese amor y respeto por el Sevilla», añade Olivera, aplaudiendo una de las primeras gestiones de Alés al frente del club.

Por su parte, Miguel Ángel Gómez, psicólogo del primer equipo de Caparrós, destaca la ilusión con la que el de San Fernando asumió su nuevo cargo por ser «una persona muy volcada en su profesión. Si cuando era delegado fue un excelente delegado, cuando decide pasar a director deportivo se empapa, se busca la vida y trabaja para conseguir hacerlo bien. Sobre todo, lo bueno de Monchi es que tenía la mente abierta, tenía muchas ideas».

Incluso el entonces psicólogo del Sevilla se atreve a catalogar a Monchi como «el Johan Cruyff de la dirección deportiva» por cómo «revolucionó el fútbol». «Monchi rompe con el concepto de director deportivo que se tenía e introduce uno nuevo, creativo, con personas de todos los ámbitos. Rompe, además, con esas historias de “hombres de fútbol”. Él decide incorporar a todo profesional que sume y le ayude a tomar decisiones. Esa es una de las razones por las que yo me incorporo con él», matiza Miguel Ángel Gómez, quien pasa a ser una persona de confianza de Monchi en la secretaría técnica, como él mismo cuenta.

Roberto Alés, como presidente. Joaquín Caparrós, casta, coraje y pasión, en el banquillo. Y Monchi, fiel sevillista, a los mandos de la secretaría técnica. Ellos eran la piedra angular del nuevo proyecto. Desde entonces, todo fue progreso. Quedaron sentadas las bases de un nuevo Sevilla.



Monchi como delegado junto a Antonio Álvarez, agosto de 1999 (Díaz Japón).

2 | El año del **ascenso**

Un nuevo Sevilla echaba a rodar. Tras un estrepitoso descenso, las miras estaban puestas en recuperar la categoría lo antes posible y, a partir de ahí, comenzar a sanear la endeble economía del club.

El nuevo técnico Joaquín Caparrós, nada más llegar a Nervión, decidió reunirse con todo el personal que configuraba el Sevilla para unificar el mensaje de cara a aquella nueva temporada.

«Cuando venía a ver los partidos al campo, lo que me llamaba la atención era que me encontraba con gente de dentro del club y no me hablaban bien del propio club. ¿Cómo gente que trabaja en una misma empresa no habla bien de ella? Así que reuní a médicos, utilleros, delegados... y les dije que todos éramos el Sevilla, que transmitíamos la imagen del club y que trabajásemos», comenta Caparrós, quien, además, añade que «era también una forma de que la gente viera que había un cambio, que todos pensábamos lo mismo. Y lo pensaba el de la lavandería, el utillero, el presidente y el entrenador».

En cuanto a idas y venidas de jugadores, Monchi asumió su primer mercado de fichajes como secretario técnico. Desde mayo, junto a Caparrós, comenzó a preparar el equipo que volvería a disputar la Segunda División, pasando ambos «las 24 horas planificando, sabiendo que había poco dinero, que había que vender, saldar deudas, contratos de jugadores...», recalca el utrerano.

Junto a Pepe Alfaro, uno de los hombres de confianza que conformaban aquella secretaría técnica, Monchi tiraba de coche o tren para ver todo lo que pudieran. Cuatro partidos cada uno. Aquellos viajes dieron para realizar varios informes en mes y medio y, junto con Caparrós, diseñar la nueva plantilla. Una que salió de la nada pues, precisamente, Monchi y el Sevilla disponían de eso, de casi nada, para configurar un nuevo plantel.

Tras ejecutar la opción de compra del portero noruego Frode Olsen, el primer fichaje íntegro de Monchi fue el guardameta Antonio Notario, procedente del Granada, en Segunda B, de quien su representante, José Emilio Santigosa, le habló maravillas. Sobre el guardameta, comentó entonces el gaditano lo siguiente: «Cuando yo aún era portero, ya lo seguía bastante. Posee condiciones innatas como para ser un portero de categoría. Destaca por su agilidad bajo palos y por la fuerte personalidad que imprime sobre el campo».

Junto al de Mataró, sin olvidar la escasez de recursos de la que disponía el club, las primeras incorporaciones del gaditano para lograr el objetivo del ascenso debían cumplir los requisitos impuestos desde el inicio: jugadores con experiencia, que o bien finalizaban contrato o no disponían de oportunidades en sus clubes.

De esta forma, aquel verano llegaron a Nervión jugadores que marcarían la historia del Sevilla como David Castedo o Pablo Alfaro. El lateral zurdo pertenecía al Mallorca, con quien finalizaba contrato. Carlitos Domínguez, canterano sevillista y compañero suyo en el conjunto bermellón, le planteó a David cómo vería la posibilidad de recalcar en el Sevilla, dado que la secretaría técnica tenía puesta sus miras en él. Monchi llegó a descartarlo, pues el jugador se encontraba también negociando con el Zaragoza. Sin embargo, unos días después de aquello, una llamada de Monchi al lateral valió para cerrar su fichaje por tres temporadas, sin tener que pagar una peseta por su traspaso.

De igual forma ocurrió con Pablo Alfaro, procedente del Mérida, quien llegó al Sevilla tras el descenso del equipo emeritense por impa-

gos. Tanto el Sevilla como el defensa formado en la cantera del Zaragoza se asimilaban en la difícil situación en la que se encontraban por aquel entonces. El enérgico zaguero disponía ya de una dilatada experiencia en el fútbol tras pasar por el Barcelona, Racing de Santander, Atlético de Madrid y Mérida. Tras su experiencia en la capital de Extremadura llegó a un preacuerdo con el Iraklis de Grecia. Sin embargo, el interés del Sevilla y la entrada en juego de Alés, Monchi y Caparrós no hizo dudar al central maño a la hora de decantarse por la opción nervionense y declinar la oferta griega.

«Estuve, no muy cerca, sino físicamente en Grecia para firmar un contrato con el Iraklis de Salónica, que en aquel momento disputaba la Copa de la UEFA», comenta Alfaro; y añade que:

Estando allí, en una terraza en Grecia, recibí la llamada de Monchi. Al final, me convence y elegí la opción del Sevilla, que fue la mejor. Llegué con el equipo en Segunda División, con una situación económica muy difícil, sabiendo que el Sevilla seguía siendo un club importante, pero con una economía de guerra, digamos. Las aspiraciones estaban puestas en, al menos, hacer una campaña decente en Segunda y, poco a poco, ir recuperando el sitio.

Javier Casquero fue otra de las incorporaciones de aquel mercado estival. Ya reunió Monchi varios apuntes sobre el centrocampista después de verlo en directo durante el Levante-Atlético de Madrid B de la campaña anterior. Como adelantábamos, aquel fue el «debut» del de San Fernando como secretario técnico. Finalmente, Casquero formó parte de una operación por la que Juan Carlos recalaría en el Atlético de Madrid a cambio del trueque por el centrocampista más la suma de 675 millones de pesetas.

Otros de los primeros fichajes de Monchi fueron Loren II (procedente del Salamanca, con una amplia experiencia en Segunda División), el portugués Taira (libre tras renunciar a una cantidad que le debía el Salamanca) y Diego Ribera (delantero procedente del Espanyol, a quien ya conocía Caparrós de su etapa en el Recreativo de Huelva).

A ellos se sumaron los cedidos: Michel (del Rayo Vallecano, donde ya logró un ascenso a Primera en 1999), César (joven central del Athletic, cedido la anterior campaña en el Salamanca), Puli (del Ceuta, con una opción de compra a final de temporada) y el exsevillista Luis García Tevenet (quien volvió a Nervión procedente de Las Palmas, sin opción de compra y acumulando 36 goles en Segunda División en las últimas tres temporadas).

A todos estos jugadores, según explica Joaquín Caparrós, «los convencimos y los trajimos con la ventaja de cómo hablaba Roberto Alés. Monchi y yo hablábamos con los futbolistas que podían venir y el último en decidir era Roberto. Cuando los jugadores salían de su despacho, Monchi y yo nos mirábamos diciendo: “¿Qué le habrá dicho?”».

La sinceridad y la capacidad de convencer del presidente propiciaron que el Sevilla configurara un plantel de gente experimentada, traída a bajo coste, por supuesto, y, ante todo, implicada con los objetivos del equipo.

Tras todo un verano rastreando a cientos de futbolistas del mercado español junto a sus adjuntos, y condicionado por las posibilidades económicas del club, Monchi configuró un nuevo equipo que en casi nada se parecía al de la temporada anterior. El de San Fernando innovó, revolucionó los métodos de la secretaría técnica y quedó contento con la labor realizada. Su confianza era plena en los jugadores.

«Había que darle un cambio radical, el presidente transmitió la nueva filosofía y todos nos hicimos eco de ella», reconoció Monchi en una entrevista para *ABC de Sevilla* de septiembre del año 2000. Asimismo, sobre su primer mercado de fichajes, el de San Fernando afirmó que «tanto Caparrós como la secretaría técnica sabíamos en el terreno que nos movíamos y fuimos conscientes desde el principio de qué podíamos traer y qué no».

El desembolso total en aquel verano fue de 75 millones de pesetas, a lo que se añaden los 120 millones de la compra de Olsen. En total, el gasto de Monchi en sus primeras gestiones como secretario técnico

superó ligeramente el millón de euros, para hacernos una idea de los niveles económicos en los que se movía el Sevilla.

Un gasto escaso. Más aún si se compara con las cantidades que fluctúan actualmente en el mundo del fútbol. Pero Monchi contaba con una ventaja, una que siempre le ha acompañado en su largo y exitoso recorrido como secretario técnico/director deportivo: la marca.

El Sevilla Fútbol Club tenía renombre. Estaba sumido en la miseria, pero mantenía su prestigio. Fue este el gran aliciente, junto a las aptitudes de Monchi y Alés, que hizo que varios de los futbolistas mencionados que recalaron en Nervión aquel verano se decantasen por este club.

Esa marca, la del Sevilla, supo llevarla Roberto Alés por bandera. Eso sí, con los pies en el suelo, el presidente supo sostener lo grande que era el club, sin olvidar que se encontraba en Segunda. La gente debía darse cuenta de la situación que atravesaba, de lo que era realmente aquel Sevilla, de lo arruinados que estaban, de la mediocre plantilla que se pudo configurar... Así que, para subsanar esa deuda y esa ruina que tanto se mencionaban en el seno del club en aquella época, el apartado de ventas en el mercado de fichajes se antojaba vital. Monchi lo tenía claro desde el principio, había que dar salida a la mayor parte de la plantilla que descendió el curso anterior. Para ello, se vendería a buen precio lo poco cotizado que hubiese en el plantel y se recolocaría a otros con fichas altas que hubiesen tenido un menor rendimiento. Y así se hizo.

Además de la ya citada venta de Juan Carlos al Atlético de Madrid, dos de las salidas más destacadas fueron las de los canteranos Carlos Marchena y Jesuli al Benfica y Celta de Vigo, respectivamente. El central recaló en Portugal a cambio de 950 millones de pesetas, con tan solo 21 años, tras acumular tan solo tres temporadas en el primer equipo sevillista. Por su parte, Jesuli puso rumbo al Celta después de que el equipo vigués subiera la oferta por el canterano hasta los 900 millones de pesetas, lo que suponía otra nueva e importante venta de Monchi para los intereses económicos del club.

Eso sí, fue la salida del griego Vassilis Tsartas la que mayor cuantía económica dejó en las arcas de los nervionenses. Al ser uno de los estándares del equipo, su venta se antojaba primordial y, tras varias semanas de pujas entre el AEK de Atenas y el Real Oviedo, finalmente el jugador regresó a su país de origen. Los sevillistas se embolsaron así cerca de 700 millones de pesetas, cifra lejana a los casi 900 millones que se pensaban obtener por el jugador.

Aun así, se logró reducir la deuda de la entidad y cumplir el objetivo económico que se marcó el club al inicio de aquel mercado de fichajes. Se sacaron unos 3000 millones que, más o menos, eran los que el club necesitaba para respirar. Hacienda les tenía todo bloqueado.

A pesar de configurar un equipo para el ascenso, la sensación que podía dar aquella planificación era la de mantener la categoría en Segunda. No pensaba la gente que pudiera llegar muy lejos aquel Sevilla. Sin embargo, ahí estaba la magia de Monchi.

«Es cierto que era muy joven, pero siempre ha sido muy inteligente», alega Pablo Alfaro sobre la figura de Monchi. «El presidente confió en alguien que conocía muy bien las interioridades del club. Todo eso ayudó mucho. El perfil de futbolistas que por entonces el Sevilla podía contratar era muy determinado, con lo cual, tampoco había tanto mercado ni tanto donde elegir», rememora el zaguero.

El tándem que Monchi formó con Roberto Alés y Caparrós echó a rodar. Los tres «tenían las ideas claras y eso hizo que comenzáramos a remar en una misma dirección», afirma Alfaro, uno de los muchos fichajes que se unieron en el vestuario a varios jóvenes del filial, como Paco Gallardo o José Antonio Reyes, que comenzaron a emerger. Todos ellos, nuevos y viejos jugadores, jóvenes y veteranos, encontraron cabida en una plantilla que contaba ya con jugadores como Olivera o Prieto que dotaban de peso a un vestuario en el que se fraguaría todo lo necesario para conseguir el ansiado ascenso.

Todos destacan lo mismo, el compromiso y el grupo humano que «nos impulsó para competir domingo tras domingo. Y, además de eso,

tener en cuenta todo lo que conlleva pertenecer a un club como el Sevilla Fútbol Club», cuenta el excentral aragonés, coincidiendo con el parecer de su entonces entrenador, Joaquín Caparrós: «Esa fue la clave del éxito de aquella temporada, se creó un grupo muy cohesionado, sabiendo dónde estábamos. Eso era el Sevilla, un club exigente, con una situación delicada, que tenía que estar siempre arriba».

«Coincidimos en ese momento casi 25 jugadores o más, todas excelentes personas, y nos pusimos en mente que había que hacer algo grande y subir a Primera», rememora también Olivera, quien, a pesar de la notable falta de recursos que arrastraba el club, entiende que «nunca nos faltó de nada a mi entender. Éramos felices con lo que teníamos. Teníamos una camaradería en el vestuario, una sencillez, un respaldo entre todos... El trato era muy cercano. Había otro tipo de ambiente».

El trabajo de la secretaría técnica comandada por Monchi fue fundamental para la confección de este grupo de jugadores, siendo capaz el de San Fernando de, con pocos recursos, firmar a gente solvente para la Segunda División. Salvo Notario y Puli, el resto de fichajes contaban con experiencia en la categoría de plata.

Junto a esa unión del vestuario, otro de los aspectos que destaca Caparrós al inicio de aquella temporada 2000/01 es:

La transparencia entre el Consejo de Administración. Recuerdo reuniones con Monchi, Augusto Lahore, Roberto Alés, José María Cruz padre... en las que éramos una familia. Hablábamos de cómo estaba la situación económica. La obsesión de Roberto Alés era el cobro de las nóminas, era muy riguroso con ese tema.

Se creó así una situación en el club que propició la implicación de todos los que lo formaban. «Éramos uno y ese fue el éxito: el grupo del vestuario y la unidad entre los consejeros y técnicos. Los medios de comunicación se sorprendían porque todos decíamos lo mismo», matiza el técnico utrerano.

«Magníficos equipos», según recuerda Caparrós, como «Atlético de Madrid, Betis, Tenerife o Salamanca estaban en Segunda aquella temporada». Aun así, no pudo tener mejor comienzo el Sevilla en su nuevo periplo por la categoría de plata, invicto hasta la 7.ª jornada.

En su primer partido, ante el Real Murcia en el Ramón Sánchez-Pizjuán, tuvo como resultado final un 2-1. La 2.ª, 3.ª y 4.ª jornadas las saldaron también los de Caparrós con victoria. A la quinta llegó el primer empate, ante el Leganés, aunque en el siguiente partido frente al Albacete volverían a sumar tres los de Nervión.

Sin embargo, a partir de la 8.ª jornada, con una derrota por 3-0 ante el Sporting de Gijón, el equipo encadenó cinco partidos sin conocer la victoria, «un bache del que el equipo se repuso», afirma Caparrós, rememorando la 10.ª jornada liguera en la que el Sevilla volvió a la senda de la victoria tras un contundente 4-0 frente al Compostela.

Además, aquel encuentro ante los gallegos sirvió como impulso para afrontar el derbi que tendría lugar la semana siguiente en el Benito Villamarín y en el que los de Caparrós se harían nuevamente con los tres puntos. Dos tantos de Olivera y uno de Tevenet sirvieron para dar la vuelta a un marcador que se le puso de cara al Betis con un gol de Capi al poco de iniciar la segunda parte. Encuentros como aquel reafirmaban al Sevilla como candidato a pelear por el ascenso.

Así las cosas, en el ecuador de la competición, el Sevilla era un fijo entre los primeros puestos de la clasificación. Aquello no solo era fruto del rendimiento y los resultados que ofrecía sobre el césped, sino también de la labor de la secretaría técnica, un equipo que Monchi lideraba y del que presumía por la dedicación que ofrecían.

También la vida de Monchi dio un giro considerable al dedicarla casi exclusivamente al Sevilla. Aparcó la carrera de derecho. Le quedaba solo un curso completo para acabar, pero aquel año el gaditano prefirió centrarse en mejorar sus conocimientos de inglés e informática para aplicarlos a sus nuevas labores de secretario técnico.



Monchi habla con Caparrós durante un entrenamiento (Imagen SFC).

Tras lanzar tantos mensajes de austeridad, el buen papel del equipo en el campeonato liguero dio rienda suelta a la euforia. Ello fue unido a una mayor exigencia para mantener los puestos de ascenso a Primera. No obstante, Monchi se aseguró de que en los jugadores calase el mensaje de humildad que desde el Sevilla se quería transmitir y mantener para la consecución del objetivo. Que la afición disfrutara y que los futbolistas continuaran rindiendo sobre el césped de la misma forma.

«Era espectacular cómo entrenaba el equipo. Con alegría, intensidad, exigencia... También había piques en los entrenamientos porque yo exigía que dieran el cien por cien, y eso lleva a mucho contacto», recuerda Caparrós. Una vez acabado el entrenamiento, «estábamos de broma, nos íbamos de comida... Se creó un ambiente muy bueno con un grupo muy comprometido e implicado con lo que era el Sevilla».

«El vestuario entero tenía una gran calidad humana. Eran buenos futbolistas y en el terreno de juego íbamos todos a una. Insisto que les exigía mucho y ellos eran conscientes. Era espectacular ver aquellos entrenamientos al mil por mil. Salían chispas. Y jugábamos exactamente igual», insiste el utrerano.

La misma intensidad y exigencia destaca Olivera, pues era:

El mismo ritmo con el que después teníamos que jugar los partidos. Había un ambiente sano, agradable, que se respiraba. Convivíamos todos juntos, desde los utilleros hasta algunos miembros del cuerpo técnico, pasando por los jugadores. Se creó un lindo grupo y, además, teníamos el apoyo de Monchi y Alés, que nos daban tranquilidad en todos los aspectos.

El uruguayo señala al entrenador como uno de los principales artífices de esa implicación que hacía darlo todo a cada jugador en los partidos:

Caparrós hizo su labor de hinchas técnico dentro de la cancha y en los entrenamientos, para empujarnos, motivarnos e inyectarnos ese espíritu competitivo, esa ambición y esas ganas de salir adelante. El equipo lo entendió, y lo asumió tanto que llegamos a ser una piña. Todo era una unión continua, desde los entrenamientos, luego irnos a comer, estar todos juntos en las concentraciones, hacer buenas tertulias durante los viajes... Y eso fue generando ese compromiso entre nosotros.

Además de la intensidad que exigía Caparrós en los entrenamientos, el utrerano apostó también por afianzar los lazos entre jugadores

y afición. Suya fue la idea de llevar al equipo por la provincia y así lo recuerda el propio técnico:

Cuando llegué al Sevilla quise llevar al equipo por la provincia, para que la gente lo viera. Todos los miércoles íbamos a jugar partidos por la provincia. Y, aun sin tener la licencia federativa, venía Zalayeta. Por eso, cuando se incorporó en diciembre, fue todo muy normal porque ya había estado entrenando con nosotros y fue un gran refuerzo. Pero, además, había otros detalles. Cuando yo hacía la lista de convocados para ir los miércoles a los pueblos, los jugadores que jugaban habitualmente me decían que también querían ir. Yo no los llevaba. Iban los jugadores que menos participaban, los que se estaban recuperando de lesiones y los chicos que más destacaban de la cantera. Había muy buena relación con Pablo Blanco, hablaba mucho con él y me decía los futbolistas que mayor proyección tenían. Así que se venían a entrenar y los ponía a jugar los miércoles. Incluso los que no venían, porque jugaban en Liga el fin de semana, cogían sus coches y se venían a ver los partidos de sus compañeros. Eso de verdad nos sorprendió. Cosas como estas propiciaban aquel ambiente de compromiso.

Precisamente, Zalayeta, junto con Rubén Vega (cedido por la Real Sociedad), fueron las dos incorporaciones que Monchi hizo para el equipo durante el mercado invernal, para afrontar lo que restaba de temporada.

Un Monchi que fue sumando elogios con el paso de las jornadas en vista del buen hacer de sus primeros refuerzos. El de San Fernando tomó las riendas de una secretaría técnica que, bajo su consideración, disponía de unas condiciones idóneas para trabajar e ir sumando responsabilidades y experiencia en un puesto al que llegaba como principiante.

«Estoy rodeado de gente que puede aportar mucho al Sevilla. Yo siempre digo que esto es una maratón y ahora estoy en el kilómetro uno», comentó Monchi por aquel entonces en una entrevista para *ABC de Sevilla*. El exguardameta tenía claro que aún le quedaba mucho por

aprender y por equivocarse, y confiaba en que miembros de su equipo como Pepe Alfaro, Pablo Blanco, Manolo Jiménez y Juan Carlos Álvarez fueran capaces de corregirle cuando fuese necesario. «Espero dentro de 15 años seguir siendo el director deportivo del Sevilla y ayudar en todo lo que pueda con la experiencia que ya tendré», alegó.

Con esa implicación, compromiso, exigencia y unión que promulgaban en cada estamento del club, la temporada continuó su curso. Pronto, se vio a un Sevilla que era firme candidato al ascenso. No desalojó la primera posición en la tabla desde su victoria por 0-1 ante el Lleida, con gol de Paco Gallardo, en la 25.ª jornada.

«Nosotros lo teníamos todo, solo teníamos que demostrarlo en la cancha», cuenta Olivera. Todo lo que englobaba la fuerza grupal y el buen ambiente en el vestuario «hizo que pudiéramos trabajar bien, con mucha intensidad, pero teniendo claros los objetivos y cuál era nuestra misión, subir a Primera».

De nuevo, vuelve a enfatizar el exdelantero la función de Roberto Alés y Monchi durante el transcurso de la temporada, pues:

Ellos encabezaban el grupo y nos inyectaban ese espíritu competitivo que nos ayudaba a estar al cien por cien todo el tiempo y sacar lo mejor de cada uno de nosotros. Todo eso sumado a que todos entendimos lo que teníamos que hacer, cuál era nuestro cometido y a que formamos un gran grupo de amigos.

Sobre esa relación entre secretario técnico y plantilla, Monchi explicó en su día, en una entrevista para *ABC de Sevilla*, que en ella tenía «mucho que ver que he sido jugador hasta hace poco y que un cincuenta por ciento de los integrantes de la plantilla estuvieron conmigo. Soy, además, de la edad de algunos y otros son mayores que yo».

Ese trato tan cercano con los jugadores lo mantendría Monchi con el paso de las temporadas, siendo esta faceta una de las más características del de San Fernando con las diferentes plantillas que, desde aquel